

—¡Tendrá que reexpedirse como equipaje!
Alicia no pudo descubrir quién iba al lado del escarabajo, pero una voz ronca habló y dijo:

—¡Cambio de máquina!...

Y como si se sofocara tuvo que interrumpirse.

—Parece una hiena — pensó Alicia, y entonces una voz muy delgada murmuró a su oído:

—Se podría hacer un chiste con «hiena» y «llena», ¿no lo sabes?

Otra voz más dulce, un poco más distante, dijo:

—¡Debe ponérsele un letrero que diga: «Manéjese con cuidado»!

Luego de ésta, otras voces continuaron gritando.

—¡Pero cuánta gente hay en este coche! — se dijo Alicia.

—¡Debe mandársela por correo!... ¡Por telégrafo!... ¡Como un mensaje!... ¡Que conduzca el tren ella misma!... — y así por el estilo. Pero el caballero de blanco inclinóse hacia ella y le dijo al oído:

—No hagas caso de lo que te digan, querida. Lo que debes hacer es tomar un billete de vuelta cada vez que el tren pare.

—¡No lo haré! — gritó Alicia impaciente —. ¡Yo, nada tengo que ver con este viaje! Ahora mismo me hallaba en el bosque. ¿Podría volver allá?

La voz fina otra vez murmuró a su oído:

—Aquí podrías hacer otro chiste: Quisiera si pudiera.

—¡No me molestes más! — replicó Alicia, al tiempo que se esforzaba en descubrir de dónde procedía aquella voz —. Si tantas ganas tienes de hacer chistes, ¿por qué no te los haces tú misma?

La voz fina emitió un profundo suspiro. Evidentemente sentíase muy infeliz, y Alicia le hubiera dirigido algunas palabras de consuelo si al menos hubiese suspirado como las otras personas. Pero fué un suspiro tan

prodigiosamente débil, que no lo hubiese percibido de no producirse casi en el hueco de su oreja. Este suspiro tuvo la virtud de inclinar la simpatía de Alicia hacia el propietario de la voz fina, y hasta desvaneció la idea de infelicidad del minúsculo ser.

—Presiento que eres mi amiga — prosiguió la vocecita —. ¡Una buena amiga! ¡Una vieja amiga! Y tú no me harás ningún daño aunque yo sea un insecto.

—¿Qué clase de insecto? — inquirió Alicia ansiosa.

En realidad lo que ella deseaba saber era si se trataba de un insecto de los que pican; pero, ¡claro!, no resultaba muy correcto preguntársela al mismo interesado.

—¡Cómo! ¿No eres mi amiga? — empezó la vocecita; pero de pronto fué ahogada por un penetrante silbido de la locomotora que hizo levantarse a todos, incluso Alicia, muy alarmados.

El caballo, no una hiena como le pareciera antes a Alicia, que había asomado la cabeza por la ventanilla, la entró y dijo con mucha calma:

—Se trata tan sólo de un arroyo, y hay que saltarlo.

Al parecer todos se tranquilizaron con esta noticia, pero la niña se puso algo nerviosa ante la idea de que un tren saltara los arroyos.

—Menos mal — pensó Alicia — que este salto me llevará al cuarto espacio.

En seguida advirtió que el tren andaba por el aire y el susto la hizo agarrarse a lo primero que encontró, y lo primero que encontró fueron las barbas de la cabra.

* * * * *

Pero, al tocarlas, las barbas de la cabra se deshicieron entre sus manos, y se encontró de repente sentada, muy